

pendió la publicación de aquellos capítulos, volvió á su anterior propósito una vez que hubo logrado reunir los datos necesarios, sacados especialmente de la biblioteca de su hermano político D. Joaquín García Izazbalceta.

Se ve, por esto, que con detenimiento y madurez fué escrita la *Historia crítica de la poesía en México* y que no es el fruto de pasajero entusiasmo, sino de una labor lenta y concienzudamente desempeñaba, lo cual la hace digna de estimación.

Siendo como es la primera y única que hasta ahora existe, de nuestra literatura, y estando fundada en los principios de la Estética y de la Crítica modernas, la Historia de que venimos tratando es, cualesquiera que sean las deficiencias ó errores que se le puedan atribuir, de inestimable precio y de inmensa utilidad para el presente y en lo porvenir.

Los autores primitivos, —y llamamos así no sólo á los antiguos sino también á los modernos, cuando éstos desempeñan una tarea antes no emprendida por otro alguno, —los autores primitivos, decimos, pueden al transcurrir del tiempo ser supeditados por los que detrás de ellos vienen, bien sea en la forma ó bien en el criterio que informa toda obra literaria; que en las ciencias y en las letras, como en todo, se operan cambios y transformaciones por ley fatal é ineludible. Los procedimientos empleados en una época, las doctrinas aceptadas como mejores, son las más de las veces reemplazadas por otras; á las minucias y documentación del escritor analítico les da de mano el sintético, porque la síntesis se presta más á la generalización de las ideas, sobre todo, en nuestros días en que la vida se simboliza en lo que es fugaz, en lo que absorbe menos tiempo la atención, cual si la humanidad no caminara sino la arrebatara un tor-

bellino en medio del cual, ni el pensamiento puede reflexionar, ni el oído percibir sino armonías fugitivas, ni los ojos recrearse largamente en la contemplación de lo bello. Pero por más que todo esto sea así, los escritores que hemos llamado primitivos son forzosamente el punto de partida, el acervo delos que llegaron ó llegarán después de ellos, y si estos últimos profesan la honradez literaria, —que en todo hay ó falta honradez, —tienen que declararse deudores de aquellos sin cuyas informaciones acaso no habrían emprendido tarea alguna; y observaremos de paso que precisamente los libros que esas informaciones proporcionan, son el producto de largas y penosas vigiliias que muy contados ingenios son capaces de soportar.

En punto á una historia literaria, nacional, nadie, por apasionado que sea, podrá negar á Pimentel la primacía, ni discurrir tampoco su competencia para escribirla, por su erudición, por su sentido crítico y por aquella idiosincracia suya que al principio calificamos de paciencia germánica, revelada en su laureada obra sobre las lenguas indígenas de México.

Cuando la Historia se publicó en su forma definitiva, aunque no fué objeto de un estudio serio y profundo, como lo merecía incuestionablemente, si fué aplaudida por una parte de la prensa, y censurada, no criticada realmente, por la otra; ya que por crítica se debe entender la que analiza para elogiar lo bueno y marcar lo malo. No reproduciremos los conceptos encomiásticos que la obra mereció, por no alargar demasiado nuestro estudio; pero sí nos detendremos lo indispensable en lo que respecta á las censuras.

Un joven periodista sinaloense, arrebatado pre-

maturamente en 1891 al cariño de sus amigos y á le tras patrias de que él era cultor apasionado: D. Francisco Gómez Flores, fué quien se mostró más adverso á la *Historia crítica* de Pimentel. Gómez Flores, decimoslo sin empacho, poseía dotes que más ampliamente cultivadas habrían hecho de él si no un crítico de altos vuelos, si, al menos, un humorista merecedor de aplausos, ó si se quiere un escritor satírico no nada despreciable. A las veces, brillaban en sus escritos,—fugaces páginas de periódicos políticos,—chispazos de ingenio que eran toda una promesa; mas ésta no llegó ¡ay! á cumplirse, por que la implacable segadora le hundió en la eterna noche, cuando las facultades que de la naturaleza había recibido aun no adquirían el vigor, el desarrollo, la madurez y el brillo, de los que el estudio y la experiencia son los dispensadores. En una colección de sus escritos, á la cual dió el título de: *Humorismo y Crítica*, (Matatlán 1887.) figura un artículo en el cual se burla irrespetuosamente de Pimentel. Y decimos irrespetuosamente, porque digna era de respeto una personalidad que tan alto lugar ocupaba en las letras patrias, y que aun de pueblos extraños había recibido grandes testimonios de consideración.

Tan pronto como llegó el libro del Sr. Gómez Flores á manos del que esto escriba, que, de paso sea dicho, cultivaba relaciones amistosas con el autor, publicó, el primero una noticia bibliográfica, sin escatimar en ella los elogios que la obra merecía, considerada desde ciertos puntos de vista; pero refutándola en lo que á la *Historia* de Pimentel se refería. En la parte final de ese artículo resúmenese así los cargos como la defensa, y no parecerá, por lo mismo, ociosa la reproducción de ese fragmento. Dice así:

«Ocupa las últimas páginas del libro del Sr. Gómez Flores un juicio acerca de la *Historia crítica de la literatura y de las ciencias en México*, de D. Francisco Pimentel, juicio en el que, permítanos su autor que así nos expresemos, no sólo incurre en varios errores, sino que se muestra sobradamente apasionado, y como tal, injusto.

«Reconoce el Sr. Gómez Flores que es de un inmenso valor para la bibliografía mexicana la obra del Sr. Pimentel, y á renglón seguido censura, sin la gravedad debida, que el autor hubiese incluido en su libro los nombres de poetas mediocres de quienes da muy breves noticias biográficas, sin fijarse al hacer este cargo, en que no sólo caben en una historia general las figuras culminantes sino también las secundarias, y con mucha mayor razón en la del Sr. Pimentel que es la primera que acerca de la literatura nacional se da á la estampa.

«Propúsose el Sr. Pimentel escribir no simples monografías sobre los principales poetas mexicanos, sino el nacimiento, desarrollo y estado actual de la poesía en México, y era, por lo mismo, no sólo necesario sino indispensable, acopiar cuantos datos existen sobre la materia, tanto es así, que el mismo Sr. Gómez Flores, como lo he hecho notar, concede á la obra que critica un *inmenso valor* para la bibliografía mexicana.

«Gran capítulo de acusación funda el Sr. Gómez Flores en el hecho de haber precedido su obra el Sr. Pimentel de ciertas noticias auto-biográficas. Esta es cuestión de pareceres. A mi juicio, un libro en que se da con toda verdad, razón del autor, sin apreciaciones, porque estas debe el lector hacerlas en vista de hechos comprobados, despierta desde sus primeras páginas el interés de los lectores, porque la

base de la estimación es el conocimiento de la persona y de sus antecedentes literarios.

«Cree el Sr. Gómez Flores que porque en esa autobiografía se habla de la noble ascendencia del Sr. Pimentel, éste es un aristócrata envanecido de su prosapia, todo un señor feudal con los resabios y preocupaciones de la edad media, y en verdad que este es un error imperdonable en quien, como el Sr. Gómez Flores, ha residido en la capital de la República; pues si hay algo que reconozcan todos los escritores mexicanos, es lo avanzado de las ideas del Sr. Pimentel, en todos sentidos, y lo identificado que está por su profunda erudición, con las teorías y prácticas modernas. Lejos de desdeñar el trato de los que ocupan una posición social inferior á la suya, fraterniza con ellos y frecuenta las sociedades literarias en donde no se acata más supremacía que la del talento y la del saber; y por eso, no una, sino infinitas veces, su presencia en esas sociedades ha servido para vivificarlas con discusiones en sumo grado provechosas.

«Crítica el Sr. Gómez Flores el prolijo examen que el Sr. Pimentel ha hecho de muchas de las poesías de nuestros antiguos poetas. Ciertamente es que pudo mostrarse más parco, menos nimio si se quiere; pero el hecho de haber anunciado desde la portada de su libro que iba á escribir una *historia crítica*, le disculpa en gran manera de la minuciosidad con que analiza las producciones de ciertos poetas, fijándose hasta en defectos meramente gramaticales.

«Extrema el Sr. Gómez Flores sus opiniones respecto á los poetas mexicanos de siglos anteriores y de principios del actual, hasta el grado de afirmar que no merecen el nombre de tales sino unos cuantos de las dos últimas generaciones. Como no dis-

pongo del tiempo necesario para refutar con toda la extensión que el asunto demanda, esta opinión del autor de *Humorismo y Crítica*, me concretaré á hacerle observar que sin gran esfuerzo de inteligencia se descubre en esa avanzada y errónea apreciación, que, más que el convencimiento, la ha dictado cierto espíritu de incondicional radicalismo de que se encuentra dominado.

«Bien hará el Sr. Gómez Flores, cuyo talento y cuya ilustración le colocan en lugar distinguido entre los escritores mexicanos de nuestros días, en no dejarse guiar por la pasión al juzgar las obras de aquellos á quienes con razón ó sin ella, reputa sus adversarios en ideas políticas ó filosóficas. Por lo demás, con toda sinceridad aplando y aun admiro su dedicación á un género literario que tantas desazones produce, como lo es el difícilísimo de la *Crítica*.»

El autor, por su parte, dejó pasar algunos años para impugnar las censuras de Gómez Flores pues hasta 1890 fué cuando en las páginas de una revista literaria¹ hubo de publicar su defensa, retardándola, según manifestó en sus líneas finales, porque esperaba que estuviese cercana la reedición de su obra, y más tarde, al hacerse dicha reimpresión reprodujo en ella la citada defensa. Nosotros, á fuer de imparciales y justiceros, no tenemos embarazo en declarar que el tono de ese escrito difiere mucho del que caracterizó siempre los suyos. No escasea los epítetos despectivos para Gómez Flores, emplea un estilo por extremo llano unas veces, virulento otras y acaba por recordar aquella sentencia de que «la honra literaria es una resultante del aplauso de los críticos y de la burla de los criticastros.» A esta im-

¹ *Revista Nacional de Ciencias y Letras*, México 1890.

pugnación aludimos principalmente, cuando en la página XII de nuestro estudio apuntamos que Pimentel en los postreros años de su vida se mostró acerbo en aquellas de sus producciones destinadas á su propia defensa. Pero recuérdese que á esa observación siguió otra que señalaba la causa fisiológica de tal desviación.¹

Otros escritores han dirigido posteriormente, al autor de la *Historia Crítica de la Poesía en México* parecidos cargos á los de Gómez Flores, aunque con gran comedimiento. Citaremos dos nada más, porque ellos resumen los de la mayor parte de los que han tratado de la misma obra.

En el discreto artículo necrológico publicado por *El Nacional* pocos días después del fallecimiento de Pimentel, se encuentra el siguiente párrafo.²

«Sin duda que, como crítico, no perteneció á la alta escuela de las grandes especulaciones, de las intuiciones sublimes, de las bastas síntesis y de las ojeadas comprensivas. No era Pimentel ni de poderosa frase ni de rasgos brillantes. Fijábase quizá demasiado en ápices y deteníase en pormenores; pero es de justicia decir que aun con respecto á pormenores y ápices, su doctrina era sólida, la lectura de sus escritos instructiva. De justicia es también decir que unas veces aparece demasiado sereno, como otras demasiado indulgente, y la mayor parte de sus juicios son magistrales y no pocos irrefutables y definitivos.»

1 Creemos que Pimentel habría hecho mejor en refutar á Gómez Flores con la misma serenidad con que refutó la absurda conseja divulgada por los que le disputaban la legitimidad del mejor de sus triunfos, atribuyendo al hallazgo de manuscritos del ilustre P. Nájera la composición del *Cuadro comparativo de las lenguas indígenas de México*.

2 *El Nacional*, 1894. Número correspondiente al día 6 de Enero.

No hace mucho tiempo que un literato de reconocido mérito, D. Manuel Sánchez Mármol, se expresó como sigue en una de sus mejores obras:

«D. Francisco Pimentel es autor de un grueso volumen intitulado *Historia Crítica de la Poesía en Méjico*, afortunada muestra de su rica erudición en literatura, mas no adecuada á hacer aceptables sus doctrinas. Pimentel pecó por el rigorismo, por la nimia severidad, por un incondicional apego á las reglas, en las que cifraba todo el secreto del éxito de la poesía verificada. Maduro, docto, recto y honrado, faltóle una sola condición para ser celebrado crítico en la materia que trató: faltóle el sentimiento poético, lo que le incapacitaba para juzgar á los poetas, á quienes, antes que aplicarles el cartabón de la métrica hay que sentirlos. No es, por tanto extraño que Pimentel haya criticado con notoria acerbidad los poemas de D. Ignacio Ramírez, sin perdonar las de D. Manuel Acuña.»

Probemos á demostrar que los críticos del crítico no han estado del todo en lo justo, y que, á nuestro entender, no lo están porque no compenetraron la génesis de la obra que juzgan, mirando atentamente que los defectos que le atribuyen radican en el objeto que Pimentel se propuso al escribirla: dar una lección práctica de literatura nacional al historiar esa misma literatura, resumiendo, porque la crítica literaria así procede, todos los conocimientos generales y especiales del escritor que en ella se emplea, y apartando lo malo para corregir y evitar el mal ejemplo, reservando lo bueno, aprobándolo y señalándolo como digno de imitarse. Así lo declaró bien claramente en la introducción de la obra.

1 *Las letras patrias*. Monografía escrita para la obra «México.—Su evolución Social.—1902.»

Ahora bien, ¿podía una vez que se hubo trazado el plan que se proponía seguir, ostentarse nada más crítico de altos vuelos, discípulo de la escuela de las grandes especulaciones, de las intuiciones sublimes, de las vastas síntesis y de las ojeadas comprensivas que el articulista del *Nacional* echó de menos? ¿Podía Pimentel prescindir en la primera historia que de nuestra poesía se ha publicado, de citar aun á poetas mediocres, y al referirse á los verdaderamente importantes, y al estudiarlos, dejar de exhibir sus aciertos al igual de sus caídas?

Fijóse, no hay por que negarlo, en ápices y pormenores, porque el asunto tal cual él lo había tomado, requería unos y otros. La cuestión única que quedaba entonces por resolver, era la de si en esas minucias dejó de revelar grandes facultades críticas. Y el *Nacional* mismo se encargó de resolverla, al agregar, como lo hizo, que era de justicia decir que aun respecto de ápices y pormenores, su doctrina era sólida, la lectura de sus escritos instructiva. Esto último era lo que él anhelaba, y al confesarse que lo logró, se le concede tácitamente lo que antes se le había negado, altas dotes de verdadero crítico, puesto que el que no merece ese nombre, no alcanza nunca el fin que se había propuesto: que se acepten sus doctrinas, que sus juicios, si no absolutamente todos, sí en su mayor parte merezcan ser tenidos por magistrales y no pocos por irrefutables y definitivos.

Cuanto á las apreciaciones del Sr. Sánchez Mármol, diremos que, lejos de pecar Pimentel por rigorismo y por severidad, muéstrase con frecuencia sobradamente benévolo, indulgente al examinar las obras de nuestros antiguos poetas. Para no multiplicar ejemplos, citemos nada más los capítulos XI y XVI sobre Ochoa y Carpio respectivamente. No se pue-

den atenuar con mayor indulgencia que la por Pimentel prodigada, los delitos de lesa poesía cometidos por Ochoa y por Carpio. Por otra parte, mal podía un discípulo de Hegel, el magno esteta á quien Menéndez Pelayo ha llamado *Aristóteles moderno*, y á quien autor modernista ha habido que califique de *divino*, mal podía Pimentel, decimos, por incondicional apego á las reglas, cifrar en ellas todo el secreto del éxito de la poesía versificada. Las aplicó acaso con abuso, porque su obra era al par que crítica, didascálica, ya antes lo hicimos notar. Censurar al autor didáctico porque acumula reglas y multiplica ejemplos para demostrar cuándo han sido vulneradas, equivale á prohibir que el que se ejercita en un arte emplee procedimientos conocidos, ó indicarle que trabaje al azar, siempre caprichosamente, á título de que toda regla constituye un estorbo que el espíritu creador debe destruir si quiere que sus obras sean hijas de la inspiración tan solamente. Por último, la acerbidad que el Sr. Sánchez Mármol cree encontrar en las apreciaciones de Pimentel sobre las poesías de D. Ignacio Ramírez y de D. Manuel Acuña, si existe, puede atribuirse á dos causas determinantes.¹

1 Es un error muy común y que por lo generalizado está recibido como verdad, el decir que á un poeta sólo puede juzgarlo y sentirlo otro poeta. Nada menos cierto, sin embargo. Precisamente los menos aptos para la crítica son los poetas, pues por lo mismo que sienten intensamente la belleza y la adoran, en la obra ajena la buscan, es cierto; pero si su expresión no coincide con la forma de que ellos la hubieran concebido, inclínanse á condearla sin apelación; ó si, por el contrario, aparece ante sus ojos tal cual ellos la hubieran concebido, entonces la ven con la predilección apasionada que todos los hombres concedemos á lo que nos parece que es un reflejo de nuestro propio pensamiento. Y no pasa nada de esto en el verdadero crítico; por que el que lo es, á lo particular aplica generalizaciones, reglas fundadas en lo que los grandes maestros hicieron ó reglas debidas á los estetas eximios y adoptadas por el consentimiento de los que, sin serlo, han llegado á poder precisar en dónde empieza lo bello y en dónde acaba.

Devoto fidelísimo, en literatura, de la escena espiritualista, penetrado hasta la médula, en materias de arte, de los principios profesados por los estetas del Norte que por temperamento repugnan el sensualismo que se desborda en la poesía de otros climas, ya sea entre los griegos de la antigüedad ó entre los franceses ó hispano-americanos de la época moderna, Pimentel, poseído de una obsesión difícil de sacudir, miraba como un crimen de lesa arte cualquiera expresión sobradamente ardorosa. Creía que dar forma á los deseos, que expresar los espasmos del deleite amoroso, de la posesión, era indigno del arte puro y verdadero. Pero qué mucho; el solo empleo del vocablo *beso* le parecía una trasgresión de las leyes del pudor, de la castidad inviolable, á su juicio, del amor que dignifica las almas cuando no obedece á los instintos de la bestia humana; no siendo así, porque el beso, si bien se mira, no es la conjunción material de dos bocas, sino la conjunción de dos almas; contacto fugaz que enciende, cual si fuera una chispa del cielo, brillo arrobador en los ojos de la gentil doncella, y que hace brotar en sus labios la flor de la sonrisa y en su frente y en sus mejillas las rosas que más realzan su hermosura. Pecado de ultra espiritualismo es el suyo, digámoslo en su abono. ¿Cómo evitar entonces que para la poesía contemporánea, sensual, aun sin nacer en tropicales regiones, libre hasta el desenfreno en la expresión de sus afectos, tenga Pimentel en su discurso sobre la poesía erótica de los griegos censuras, y en varios capítulos de su *Historia*, sobre todo en el final, que apareció en la segunda edición? En segundo lugar, ese último capítulo á que acabamos de referirnos, que es el dedicado al estudio de los poetas recién muertos, cuando fué escrito, fué, por decirlo así, arraucado al autor

por las exigencias de los que á toda costa querían que él formulara un juicio acerca de autores familiares á todos, puesto que personalmente los habían conocido y tratado y que eran para muchos objeto de incondicional admiración. Pimentel había marcado un límite á su tarea; es más, acaso estaba ya cansado de ella; no era para él un misterio que la empresa era ocasionada y que los mismos que soliciaban su ejecución habían de ser los primeros en no conformar su juicio al suyo, ó cuando menos los principales descontentos. Por eso no quería emprenderla, y el tiempo se ha encargado de probar que no se equivocaba, pues precisamente ese capítulo final es el que mayor número de censuras le atrajo, el que con más feroz inquina ven los que esperaban que el autor, indulgente con los antiguos, habría de llegar tal vez al ditirambo al tratar de los modernos.

De más de eso, cuando una labor literaria no es la resultante de una inspiración propia, de un vivísimo anhelo de comunicar por medio de la palabra escrita la idea que bulle en el cerebro en cierto y determinado momento, no es ni con mucho la mejor y más acabada entre las de un autor. ¿Quién que conozca los secretos de la producción intelectual escogerá, v. gr., para avalorar á un orador, aquel de sus discursos que hubiese sido escrito para obsequiar los deseos de una junta patriótica?

Reflexiónese en todo eso y quedarán explicadas las causas de los errores y deficiencias de los juicios de Pimentel respecto á Ramírez, á Acuña, Flores, etc., etc.

Como quiera que sea y aun concediendo, lo que no es poco ciertamente, que la obra de que venimos tratando adolezca de todos los defectos que sus censores han señalado, su importancia y utilidad son in-

negables. Sin ella, los que más tarde acometan empresa análoga, carecerían de una base para asentar sus juicios; de un punto de partida para lanzarse á los espacios de esas grandes especulaciones, de esas síntesis y de esas ojeadas comprensivas que los contemporáneos de Pimentel lamentan no haber podido encontrar en la *Historia de la Poesía en México*, tal vez por que no la estudiaron con el detenimiento necesario; pues en la parte final de cada uno de los capítulos consagrados á los que entre nosotros representan respectivamente los diversos géneros poéticos y las varias escuelas que han privado desde la época colonial hasta la moderna, quedaron resumidas las teorías estéticas del autor y la estimación sintética de la obra de aquellos autores, así como también quedó expuesto el carácter general de la poesía en México durante los siglos XVI y XVII, en el capítulo 4º, el carácter y estado de la literatura en el siglo XVIII y principios del XIX, antes de la Independencia, y en el décimo y en el vigésimo primero el estudio de esos mismos temas con relación á los años transcurridos de la emancipación política acá. Todo eso, así como las innumerables apuntaciones bibliográficas concernientes á los autores de segundo y aun de tercer orden—que todas tenían que caber en una historia comprensiva de lo bueno, de lo mediano y de lo malo—son en puridad una fuente en la que pueden saciar su sed lo mismo los investigadores que los simplemente curiosos. Los que no dan á la labor de Pimentel toda la importancia que en sí tiene, es porque no han sabido ó no han querido desentrañarla. Con cuánta razón un eximio autor ha dicho: «¡Qué trabajo es hacer un libro admisible y qué pocos lectores conocen lo mucho que ha costado al autor la disposición de las partes!»

Las controversias suscitadas por la última obra de Pimentel, radican, si no estamos equivocados en su concepto crítico.

Por don especial ó cualidad nativa descubría al punto con gran perspicacia los errores, las faltas de lenguaje, etc., etc.; por su extensa y profunda erudición recordaba de continuo los pensamientos de los autores clásicos y aun de los modernos que habían expresado ya las mismas ideas que los autores que estudiaba, y de ahí que él creyera que había falta de originalidad, que estaban plagadas las poesías de reminiscencias, sino de verdaderos plagios; cuando muy bien podía suceder que el poeta que él juzgaba no conociera esas fuentes por carecer de instrucción variada, y por lo tanto no había razón para atribuirle la intención de hacer pasar por suyo propio lo ajeno, ó de disimular la apropiación revistiéndola de forma nueva.

Agréguese á eso, que como estaba empapado en los principios y reglas de estetas y retóricos, era difícil que se substraiera á tales influencias y que no sujetara á aquellos cartabones la producción que examinaba, y agréguese también que por su temperamento, por su idiosincracia, estaba poco predispuesto á la admiración constante, al aplauso, á poner sobre el pavés cuanto leía; que era su pesadilla, su obsesión aquello que llamaba poesía impertinente, es decir, el abuso de los adornos, de las metáforas y de las imágenes que no eran estrictamente indispensables.

Crítico en la extensión de la palabra, quería aquilatar la verdad y la belleza siempre y en donde quiera. Por eso no fué un autor popular, querido de todos, solicitado, sino más bien temido y por ende denigrado por los megalómanos que forman legión, por los ególatras que á millares existen.

Entre las tendencias que caracterizan á nuestra época, principalmente en los países latinos, figuran el horror, el desprecio á la crítica, el afán de probar su inutilidad. Pero, por mucho que se empeñen en darle muerte sus jurados enemigos y á pesar de los argumentos que para desprestigiarla acumulan, los hombres imparciales reconocen «que si ella no tiene poder para determinar el éxito ó el fracaso de una obra, si enseña al público á razonar, á ser él mismo crítico, y con esto lo hace *difícil*, y de ahí el odio de los autores á la crítica, perfectamente justificado; porque al enseñar al público á ser difícil, hace un daño evidente á los autores,» como atinadamente observó hace poco un acreditado escritor.

Los adversarios de la crítica no paran mientes en que ella es hija legítima de la razón humana; en que ella, como la luz, penetra donde quiera y todo lo baña. ¿Qué es si no crítica la labor del publicista que examina los actos de los gobernantes y ora los aplaude, ora los condena, según responden á las necesidades del pueblo y se ajustan á los preceptos de la ley, ó según se enderezan á personales intereses ó van por extraviados senderos? La conversación entre personas de espíritu cultivado, ¿se limita acaso á la simple recordación de sucedidos cuyo origen no hay que desentrañar y cuyas consecuencias no se deben prever? La conversación aun entre mujeres vanas y superficiales, no se reduce en último análisis á criticar el traje, los dichos, los modales y las costumbres de las ausentes? Porque hay que convenir que una cosa es la crítica y otra la murmuración.

¿Cómo pretender entonces que á la crítica literaria y á la que abarca el arte entero en sus múltiples manifestaciones, se le destierre por innecesaria ó inútil?

No se comprende la existencia de un pueblo civilizado en el que imperen por modo absoluto el optimismo del Dr. Panglós que creía vivir en el mejor de los mundos imaginables, y el ciego fatalismo del musulmán que cree que todo cuanto ocurre pasa así y no de otro modo, porque no hay acto que no obedezca á los altos y sublimes decretos del Profeta.

Objétase en contra de la crítica, que por ella la obra es vista á través de un temperamento; que no refleja por lo general el común sentir; que nada en el mundo es verdadero ó falso; *que todo es, según el color del cristal con que se mira.*

Muy bien! Concedamos, para contentamiento de los que toman por evangelio los versos del inmortal Campoamor, que así sea. Pero reflexiónese que á la gran variedad de colores de los cristales de las diversas lentes al través de las que perciben los hombres los objetos, se deben esos hermosos kaleidoscopios que crean círculos y figuras que la fantasía más exhubera por sí sola no podría producir. Romped, como lo hacen los niños el instrumento para saber de qué se compone y cómo alcanza tan encantadores resultados; romped los preceptos de la crítica, sus conclusiones, y entonces tendréis en confuso hacinaamiento partículas nada más de la belleza diseminada en las obras que conocéis, —las solas partículas que lograron herir vuestro intelecto y que al herirlo se incrustaron en él y por eso acuden á vuestra memoria ciertos y determinados recuerdos, no el conjunto armónico que las partes de que la obra se forma, ofrecen.

Sin la crítica una bibliografía seca y árida empuñaría el cetro, sería la dominadora incontrastable, porque ella se concreta á apuntar el hecho en su más simple expresión: *el libro se intitula así, y fué es.*

crita por N. y esto únicamente, porque dar razón de la idea que el libro desenvuelve es dar también el primer paso al vedado terreno de las apreciaciones que tanto detestan, porque tanto les dañan, incontables autores. Negad si queréis,—diremos á éstos, negad al crítico la sublime facultad creadora, más no le despojéis de la intuición pura de lo bello, del don de percibir sin la menor dificultad, tanto lo que se compadece con los eternos principios de la verdad y de la belleza, como lo que de ellos se aparta. Concededle al menos el que por su dedicación á una sola rama del arte literario, posea una lente poderosa para distinguir lo que es una estrella y lo que es pobre y mezquino fanal.

Pero hay más todavía. Para juzgar una producción no es indispensable poder, en caso dado, ejecutar otra igual ó semejante. Taine fué un crítico eximio en materias no sólo históricas, sino en pintura, en escultura y en arquitectura, y él ni pintó ni esculpó, ni construyó jamás monumento alguno arquitectónico, y á pesar de eso, sus juicios son acatados por pintores y escultores y arquitectos, y no hay viajero ilustrado que al visitar las grandes ciudades y los grandes museos de Europa no evoque la memoria de Taine en presencia de las obras maestras que fueron objeto de su crítica, magistral también.

Recordad por último, que aun los más humildes pueden contribuir al perfeccionamiento de la obra humana. Así, en los magníficos broncees que perpetúan la memoria de los héroes y de los grandes hombres dignos de la admiración ó de la gratitud de los pueblos, y que eternizan al propio tiempo el nombre de los artistas que modelaron sus estatuas, pusieron su mano modestos menestrales que al limar y pulir la obra ajena, la abrillantaron librándola de

las aristas y escorias que de permanecer habrían impedido que la luz iluminase por igual las facciones del personaje representado en la estatua, y los pliegues de su ropaje, aumentando su esplendor y su grandeza y haciendo más grata la contemplación del monumento. Así, también, el corrector de pruebas en las imprentas es, las más de las veces, no un escritor de conocimientos enciclopédicos, sino lisa y llanamente un antiguo cajista que dió muestras de poseer no vulgar instrucción gramatical y fué por eso pasado de las cajas á la mesa de corrección de pruebas, y que más tarde llegó por su dedicación, por el constante ejercicio, á ver con ojos de lince lo que autores renombrados habrían dejado sin enmienda en sus obras, con perjuicio de su propio crédito.

En presencia de la crítica se sienten cohibidos los autores cuyo bagaje literario no es rico ni en todo selecto. Por eso entre los desvarios de los modernistas, creemos que debe señalarse la libérrima facultad que les concede la estética para su uso decretada, de vulnerar las leyes sancionadas para el mejor manejo del idioma, y las reglas que por el consentimiento de los sabios norman la expresión de las ideas. Autorizanse hoy esas libertades, fundándose, dicen, en que el genio creador no debe nunca abatir su vuelo majestuoso ante los obstáculos que las medianías no aciertan á franquear, y escudándose con los nombres de Shakespeare, de Cervantes y de Victor Hugo, que con frecuencia hicieron á un lado reglas y convencionalismos, los que se titulan admiradores del genio cometen los mayores dislates.

¡Ah! sí, nada hay tan cómodo como el prevenir críticas y censuras con la sola declaración de que deliberadamente no se acata regla alguna; nada tan

fácil como imaginarse que para hombrear con los genios basta imitar sus extravíos.¹

No huelgan las observaciones que acabamos de apuntar acerca del concepto de la crítica y de los enemigos que los críticos tienen en todas partes. Se trataba del autor mexicano que mayor número de producciones de ese género literario ha dejado como herencia á la juventud actual y á las futuras generaciones, y no era posible omitir dichas observaciones. Llenado ese que juzgamos un deber, y puesto que ya dimos noticia de las principales obras conocidas de Pimentel, digamos ahora unas breves palabras acerca de los capítulos que por primera vez se publican ahora, correspondientes al libro con que se había propuesto dar término á la historia de la literatura mexicanos.

Recordará el lector que el pensamiento primitivo de Pimentel fué estudiar no únicamente á los poetas, sino también á los prosistas. En su plan, entraban cuatro partes; la primera consagrada á los novelistas, la segunda á los oradores, la tercera á los historiadores y la última á los escritores científicos.

Las dos primeras quedaron terminadas, y son las que se incluyen en la presente colección; las demás

1 Gener, famoso escritor catalán, contemporáneo, lanza desde el alto solio en que le han colocado sus indisensibles inteligencia y sabiduría, anatemas furibundos contra lo que despectivamente llama *gramaticismo académico*. Pero las doctrinas que Gener predica son más perniciosas todavía que las que condena.

En sus propias producciones brillan excelencias que somos los primeros en reconocer y que hacen que se disimulen ó pasen inadvertidos muchos giros y locuciones suyas contrarias á la índole del idioma en que escribo, lo cual no pueden pretender sus sectarios que no poseen las mismas dotes. El escritor incorrecto, como el pintor que desconoce ó desprecia las reglas del dibujo, producirá siempre obras defectuosas por más que en ellos resplandezcan cualidades estimables.

quedaron en la mente del autor, porque penosa enfermedad precursora de la muerte, quitó para siempre la pluma de sus manos, con detrimento no de la gloria de Pimentel que estaba ya sólidamente fundada en las producciones de que hemos hablado, pero sí de nuestro tesoro bibliográfico; pues dadas las cualidades que poseía, hay razón para creerlo así.

De esos capítulos póstumos, los que encontramos mejores son los relativos á los novelistas; en los que se refieren á los oradores nótese menor documentación, sobre todo al hablar de los oradores políticos. El infatigable historiador de otros días estaba ya, no agotado intelectualmente, pero sí incapacitado por sus dolencias físicas para compulsar, como sabía hacerlo, todos los documentos que había menester para no incurrir en olvidos ú omisiones que tenían que ser censurados en él más que en cualquiera otro, porque había dado de pruebas de pecar por exceso antes que por falta de informaciones. Pero, lo repetimos, Pimentel era ya un vencido, y nada más que su amor al estudio y al trabajo, pudo retener la pluma en su mano para trazar las páginas que dejó inéditas. Tengan esto presente los lectores, y consideren también que faltó á esos estudios la corrección final de los manuscritos y la de las pruebas de imprenta que habría hecho el autor mismo en los dos casos; correcciones que tan importantes son para el perfeccionamiento de una obra literaria. Por extremo hábil ha sido la persona encargada de poner en limpio los manuscritos que Pimentel dejó, pues la escritura del gran filólogo es una de las más difíciles de interpretar, sea dicho de paso; pero así y todo, es preciso confesar que los tantas veces citados capítulos, por las causas señaladas, no pueden parangonarse con las anteriores obras del autor. Si se les incluye en esta recopilación

ción, es porque, á pesar de las deficiencias anotadas, servirán sin duda á los futuros historiadores de la literatura mexicana. Aun cuando estos llegaran á mejorarlas, siempre corresponderá á Pimentel la prioridad en tan importante labor.

Y pues hemos ya, hasta donde nuestras facultades lo permitieron, examinado en esencia la obra literaria de nuestro autor, debemos también hablar de su forma, es decir, de lo que se acostumbra llamar *factura ó manera*, ya se trate de escritores ya de artistas. En casos como el presente, suele el lector no conformarse con que se le de razón tan sólo del contenido y exige que también se le hable del continente.

Más de una vez se le ha motejado por la llaneza de su estilo, que á no pocos parece excesiva, porque está muy generalizada la afición á lo ampuloso, á lo intrincado, á lo que se tiene á gala poder descifrar, puesto que así el lector se hace pasar por conocedor del léxico del idioma nacional y de cuantos modismos exóticos prodigan los modernistas. Los escritos de Pimentel no obtendrán nunca la aprobación de esa escuela. De su estilo puede decirse lo mismo que hace pocos meses expresó un crítico francés al juzgar á su compatriota el novelista, hoy en boga, Abel Hermant, á quien elogió por su lenguaje claro y duro como un buen mármol, despojado de hojarasca pintoresca, y porque no emplea la imagen sino con severidad y discreción á la manera en uso en aquel tiempo en que se escribía para hacer comprender las ideas y no para despertar sensaciones de colores ó de perfumes.

Pimentel es castizo como muy contados escritores mexicanos, y tenía que serlo, no sólo por su cultura,

sino también por que él, que tan ni-niá y escrupulosamente señaló las faltas de otros, estaba obligado á no dar ocasión á que se le aplicara aquella frase que se atribuye á los predicadores de la moral austera: *haced lo que digo y no lo que hago*. Daba, pues, el ejemplo, escribiendo como deseaba que escribiesen los demás; sobre todo, empleaba en cada uno de sus trabajos el estilo y tono que el asunto requería; y como la mayor parte de sus obras son de adquisición y análisis, raramente pudo embellecer sus páginas con pasajes brillantes, con frases grandilocuentes. Su fin era persuadir, razonando, enseñar: no halagar el oído ni arrancar aplausos. Su estilo no despierta en el lector el recuerdo de las selvas vírgenes, en donde los troncos corpulentos casi desaparecen porque los revisten las lianas trepadoras que pugnan por sofocarlos; donde se agitan insectos brillantes y zumbadores pero dañinos y perniciosos para el hombre. Su estilo ofrece la imagen de la granja cultivada con esmero, en la que hay más frutos que flores, en la que abren sus corolas algunas sí; pero modestas y sencillas, no de embriagantes perfumes, no flores de estufa que á los primeros besos del sol y del aire se marchitan. Su estilo es claro y puro como las aguas del remanso que dejan ver las blancas arenillas de su lecho; no es la corriente impetuosa y turbulenta que asordecce con su fragor.

Amaba Pimentel la luz blanda y apacible, porque deja contemplar lo bello y lo verdadero; no la luz que deslumbra y fascina á unos cuantos, sino la que por igual distribuye sus tesoros.

Por eso los que presumen de modernos zahorís encuentran pálido y descarnado el estilo de Pimentel que no se presta á interpretaciones arbitrarias ó advinaciones absurdas, que no traducen el pensamiento

del autor sino el de aquél que porque se cuenta á sí mismo en el número de los escogidos ó privilegiados, piensa que es vulgar y baladí lo que el indocto vulgo percibe sin esfuerzo.

Y si me valgo en este lugar de símiles y figuras para dar á conocer el estilo de un escritor que usó más parcamente, por excepción debería decir, los recursos retóricos, es porque creo darme así á entender del mayor número, y también porque las afirmaciones dogmáticas expresadas en apotegmas concisos, severos como los versículos de un evangelio, no sonarían bien en nuestros labios. No nos abrogamos las atribuciones de maestros y nos detenemos en los lindes de una exposición de hechos que comprobará el lector tan pronto como conozca todas y cada una de las producciones del polígrafo mexicano.

Se nos reprochará tal vez el que para dar cabal idea de este autor no nos hubiésemos circunscrito á un juicio sentético á la manera de los que se pretenden que él debió dar respecto á los poetas mexicanos, y hasta llegará á decirse que salen sobrando los numerosos pasajes aquí citados, toda vez que el lector va á tener á su disposición en toda su integridad las obras de que hemos hecho referencia.

A primera vista parecían fundadas tales objeciones; pero si se reflexiona, no son del todo admisibles.

Por mucho que sorprenda á los que no están interiorizados en nuestras cosas, Pimentel en su patria es poco conocido y menos avalorado. Sus principales producciones aparecieron en épocas nada propicias á su vulgarización, según hemos visto en otro lugar. Esto, de una parte; de otra, erróneos prejuicios y falsas ideas acerca de su credo político-religioso,

le hicieron no gozar de los favores de la casi siempre intransigente nueva generación. De más de esto, nosotros no nos propusimos escribir un breve prólogo para explicar el por qué de la presente edición, si no un estudio que, ya fuese al frente de ella ó en folleto especial, diese, hasta donde nos fuese posible lograrlo, á conocer al menos aproximadamente, una personalidad digna por muchos títulos de ser estimada, por cuanto que su significación en nuestra historia literaria no tiene muchos precedentes ni puede ser con facilidad superada.

Pero hay todavía otras consideraciones á que atender. Es la primera, la de que muchos vacilan antes de acometer la empresa para ellos ardua, de leer una obra, y es necesario ofrecerles un estimulante, eso que los franceses llaman con mayor energía de expresión, *encouragement*. En este caso, el prólogo ó estudio preliminar desempeña el papel de los aperitivos antes de las grandes comidas, por más que éstas sean dignas del más exquisito ó refinado.

En segundo lugar, hay títulos de obras,—sobre todo los que usan los autores modestos,—que no previenen desde luego y en sentido favorable al lector, así como hay otros títulos que mucho prometen y que son origen de desilusión y de arrepentimiento; Del número de los primeros son los de los libros de Pimentel. ¿Cómo prescindir entonces, de decir á propios y extraños: *toma y lee; quedarás satisfecho, te instruirás?*

Por último, en la vida moderna ha llegado á hacerse indispensable el proporcionar á la gran masa del público la quinta esencia de las producciones científicas y literarias; ya sea por medio de monografías que las condensen, ó ya sea en esas bibliotecas económicas que se forman con las páginas es-

cogidas de los autores eminentes; páginas que muchas veces son las únicas que de ellos llegan á saborear los que no tienen tiempo para más ó no quieren emplearlo en largas lecturas. Pero, qué mucho que de gran porción de los que leen pueda decirse tal cosa, cuando entre literatos de profesión, y, lo que es peor, entre historiadores, suele acontecer que para formular un juicio haya quienes se contenten con los extractos que al efecto les preparan colaboradores expensados, anónimos, á que sencillamente dan el nombre de secretarios?

Hemos hablado del filólogo, del historiador, del economista, del crítico, y sólo nos resta hacerlo respecto del hombre, para que no se echen de menos ciertas noticias que contribuyen á realzar la figura que se destaca del cuadro general de nuestro estudio.

Le dejamos en los días de la restauración republicana. Vimos que consumada ésta, halló en el apartamiento y soledad de su gabinete de trabajo, la quietud que apetecía, la vida del sabio, ni envidiada ni envidiosa, y vimos también, que á poco, solicitado, volvió á la labor literaria, á las reuniones, á la discusión, á la actividad, á la lucha. Pues bien, veamos ahora cómo pasó el último tercio de su existencia, 1868-1893.

Vida intelectual, casi en lo absoluto, fué la suya.¹

1 Pimentel aborrecía los viajes, por cortos que fueran, porque le apartaban de sus hábitos domésticos, de sus estudios principalmente. Lo quería todo *at home* y cuando se le decía que era imperdonable que no hubiese ido á Europa, contestaba que el único incentivo que un viaje podía ofrecerle sería el de escribir un libro á semejanza del intitulado *Paris, Londres y Madrid*, de D. Eugenio de Ochoa, es decir, con el objeto de demostrar por medio de sus personales observaciones, hasta dónde llega la necesidad de los que por haber recorrido al vuelo las grandes capitales europeas, menosprecian el lugar de su nacimiento, su patria misma, y se creen desgraciados al en-

De las agitaciones políticas y del movimiento mundano, apenas si llegaban á él apagados rumores. No frecuentaba más que las Academias, y en su propio hogar sólo se preocupaba de la educación ó instrucción de sus dos hijos, y no sentaba á su mesa á muchos, ni cultivaba el trato de numerosos amigos. Entre los que prefería, sin hacer ostensibles sus predilecciones, figuraban en primer término escritores, colegas suyos en el Liceo Hidalgo y en la Sociedad de Geografía. Empero, jamás ocupaba la atención de sus huéspedes ó comensales con asuntos científicos ó literarios ni mucho menos con la audición de los escritos que traía entre manos.

Aunque, como en su lugar quedó ya dicho, su erudición era extraordinaria, se abstenía cuidadosamente de citar autores ni doctrinas en sus conversaciones familiares; amigo de la discusión no la provocaba sino antes al contrario, la rehuía cortesmente. Parecía en su casa nada más que un hombre sociable pero discreto, que no ponía de resalto su superioridad intelectual y su cultura.

Eran los domingos los días especialmente dedicados al esparcimiento del espíritu. En ellos recibía á sus amigos y éstos dejaban transcurrir las horas en

contrarse de nuevo en su hogar y fastidian á los que los escuchan con sus eternas lamentaciones. Apuntar lo bueno de pueblos más adelantados que el nuestro, para indicar la conveniencia de asimilarlo á México, y señalar lo malo, para que se vea que es la humanidad la que no es perfecta y no nuestra patria la única nación que no ha llegado á la cúspide de la civilización y de la grandeza, habría sido para Pimentel el mayor, el único estímulo para emprender un largo viaje al extranjero.

Creemos que contribuyó mucho á la creación de estos hábitos de Pimentel, la circunstancia de haber pasado él varios años de su vida, retraído en el hogar á causa de la salud siempre delicada de su amada esposa, la Sra. Doña Josefa María Gómez Fagoaga, hija que fué del General D. Cirilo Gómez Anaya y de Doña Elena Fagoaga.

gratas conversaciones y algunas veces en juegos de sociedad. Gozaba con la alegría y las risas francas de los que le rodeaban, que en su mayor parte eran jóvenes; la crónica social no estaba excluida, picante algunas ocasiones; pero ni la política ni la religión entraban en los temas allí aceptados. Lo que podía dividir ó provocar desavenencia, ó siquiera fuese pasajero desagrado, estaba tácitamente excluido de aquella mansión de paz y de concordia. Esas reuniones dominicales mareaban una tregua, ponían un paréntesis á la vida ordinaria de los concurrentes, y al disolverse dejaban siempre agradable recuerdo, y con él el deseo de asistir á la que quedaban invitados; ninguno salió con sombras en el espíritu, con odios en el corazón, porque se conversaba en la casa de Pimentel pero nunca se disputaba; porque él á todos prodigaba los dones de su exquisita amabilidad y cortesía; porque no se disparaban en su presencia los dardos de la sátira mordaz; porque las ideas ajenas eran religiosamente respetadas para que con las propias se hiciera lo mismo.

El literato que así vivía, encontraba la felicidad del que no tiene desapoderadas ambiciones; que sólo es verdaderamente feliz el que se conforma con lo que tiene. Pimentel no pretendió brillar y preponderar, anhelo que no se realiza si no es en las altas regiones de la política entre nosotros.

Ante él se abrieron, digámoslo con las palabras de nuestro autor favorito, al que tantas veces hemos citado, dos puertas: la de la literatura y la de la política, y «que un hombre que puede llegar á la eminencia por cualquiera de las dos, escoja la política, parece una locura. En un lado están la salud, el vagar, la paz del ánimo, la investigación de la verdad, y todos los goces de la amistad y de la conversación. En

el otro lado están la ruina casi segura de la salud, la constante ansiedad y los continuos afanes. Todas las amistades que puede tener un hombre, pasan á ser precarias en cuanto entra en la política.»¹

Pimentel desde sus mocedades optó por la literatura. Veledad pasajera y no repetida, fué la suya al aceptar cargos y honores de un gobierno, y por eso, cuando este cayó, renunció él para siempre á tomar participación en la cosa pública.² Y no se diga que en las letras buscó el aplauso y los halagos que ellas proporcionan en ocasiones. Quiso y logró satisfacer una necesidad de su espíritu, la del estudio, y no para atesorar conocimientos y ocultarlos como el avaro sus monedas, sino para ponerlos al servicio de su patria, aplicando á ésta la ciencia moderna: la filología á las lenguas mexicanas, la filosofía de la historia á las cuestiones de la raza indígena, la economía política á la propiedad territorial en México, la estética á la literatura nacional. Como no era un soñador, persiguió la utilidad práctica. ¿Pueden muchos reivindicar iguales títulos para merecer la gratitud de sus conciudadanos?

Y hay que hacer notar, que si en cualquier escritor es meritorio el contribuir al desenvolvimiento intelectual de su país nativo, dando la preferencia á los asuntos nacionales entre todos los que pueden

¹ Macauley.

² Los empleos y cargos honoríficos que Pimentel obtuvo del Imperio, fueron: el de regidor del Ayuntamiento de la Capital, el de Prefecto político de la misma ciudad que renunció, y el de Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de México en Madrid, que admitió pero que no llegó á desempeñar. El Imperio le reconoció el título de Conde de Heras que tenía de sus antecesores por la línea materna, y le nombró Chambelán.

Hay que advertir que no había antes del Imperio figurado en la política ni desempeñado cargo alguno, ni escrito en favor de ningún partido.

emplear su pluma, en Pimentel fué todavía más digno de encomio ese patriótico empeño, porque era en él espontáneo y del todo desinteresado. No ambicionaba los halagos del aura popular; tampoco iba en pos del lucro, y mucho menos obedecía á las sugestiones de un editor que pide lo que en el mercado tiene demanda. Quería únicamente que sus obras sirvieran para aumentar la no muy copiosa bibliografía netamente mexicana, y elegía al efecto los temas menos explotados, á fin de dar á conocer los extraños, acaso más que á los propios, lo que por genial incuria ó por otras causas dejaban los demás escritores en olvido.

Por eso, cuando en presencia suya se lamentaba alguno de que nuestro país es poco y mal conocido en el extranjero, Pimentel decía que la culpa era nuestra, toda vez que á nosotros interesaba proporcionar los datos para que con pleno conocimiento de causa se nos juzgara, y no lo hacíamos.

Pudo Pimentel, como tantos otros que poseen una fortuna que los pone al abrigo de las tormentas de la vida, gozar tranquilamente de sus bienes ó acrecentar éstos día á día, para brillar en la sociedad, en medio del fausto, recibiendo los homenajes que á los próceres del dinero se les rinden de continuo, y prefirió ser útil á su patria en su gabinete de estudio y en el seno de corporaciones científicas y literarias. Y no era que se le ocultaran los sinsabores del literato expuesto siempre á los tiros de la malevolencia ó de la envidia; sabía también que el exceso de trabajo intelectual mina sorda y no siempre lentamente la existencia, y todo lo arrojó, y nunca llegó á arrepentirse de haber optado por una vía que le condujo al combate primero y á la enfermedad y á la muerte después. Si hubiera seguido los dicta-

dos del egoísmo, más largos días habría alcanzado contar sin duda alguna; porque en opinión de los facultativos fué el trabajo cerebral el que le produjo la afección que le llevó al sepulcro.

Los que en historiar la vida de los grandes capitanes se ocupan, cuidan de recoger en las páginas que les consagran, tomándola de la que en el tecnicismo burocrático se llama *hoja de servicios*, la lista de los premios y recompensas que su biografiado recibió, y enumeran las cruces y medallas con que fué condecorado. Imitando nosotros ese procedimiento, vamos á poner aquí la lista completa de los diplomas con que Pimentel fué honrado durante su carrera literaria

Pimentel perteneció á diversas corporaciones científicas, literarias y artísticas en el orden siguiente: Socio honorario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. — Socio de número de la misma Sociedad. — Académico de la Academia Histórica de Nueva York. — Vicepresidente de la sección de Arqueología y lingüística en la Comisión científica literaria y artística de México. — Académico de número de la Academia Imperial de Ciencias y Literatura, que le nombró primer secretario. — Miembro de la Junta de Colonización establecida por Maximiliano. — Correspondiente de la Comisión científica de México agregada al Ministerio de Instrucción Pública de Francia. — Miembro de la Comisión de Arqueología Americana de Francia. — Miembro titular de la Sociedad de Etnografía Americana y Oriental aprobada por el Ministerio de Instrucción Pública de Francia. — Secretario de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. — Miembro de la Sociedad Geográfica de Viena. — Miembro honorario de la So-

ciudad de Anticuarios de Filadelfia.—Socio de número de la Academia de Economistas de México.—Socio honorario de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.—Miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística de Guanajuato.—Académico de número de la Academia Nacional de Ciencias y Literatura creada por Juárez.—Miembro del Liceo Hidalgo, del cual fué presidente tres años seguidos.—Miembro honorario de la Sociedad Mexicana «Concordia.»—Miembro de la Sociedad Antropológica de Nueva York.—Socio honorario de «El Edén,» Sociedad artístico-literaria de Jalapa.—Correspondiente del Congreso Internacional de Orientalistas.—Miembro de la Sociedad Americana de Francia.—Académico correspondiente extranjero de la Academia de la lengua de Madrid.—Académico de número de la Academia Mexicana correspondiente de la Real Española.—Socio protector de la Sociedad literaria y artística Netzahualcoyotl.—Socio protector del Conservatorio de Música y Declamación.—Socio honorario de la Sociedad Queretana de Ciencias y bellas letras.—Comisionado en unión de D. Manuel Orozco y Berra, por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, costeadá ésta por el Ministerio de Fomento para representar á México en el Congreso de Americanistas en Luxemburgo. (Ninguno de los nombrados pudo hacer el viaje).—Miembro de la Junta de Historia establecida por el General González, siendo Presidente de la República.—Socio honorario de la Sociedad Las Clases productoras de Guadalajara.—Presidente de la sección de publicaciones de la Sociedad Mexicana de Agricultura.—Miembro libre de la Sociedad Etnográfica de Francia.—Delegado sucesivamente en México del Congreso de Americanistas celebrado en Nancy, Luxemburgo, Madrid

y París.—Socio del Ateneo mexicano de ciencias y artes fundado por D. Vicente Riva Palacio.—Académico de la Academia Náhuatl de Texcoco.

Terminemos.

Al pasar de esta vida D. Francisco Pimentel el 14 de Diciembre de 1893, no se pronunciaron ante su cadáver aquellos discursos de rigor en Francia y en otras naciones cuando muere un escritor notable ó un artista, y que, dígase lo que se quiera en contra de la costumbre de pronunciarlos, no son nada más la despedida postrera, tierna y apasionada, que se dirige al que se ausenta para siempre y duerme el sueño del que no se despierta, en el regazo de la madre tierra, sino que en esa despedida va invívito el homenaje á que por legítimos merecimientos son acreedores aquellos escritores ó aquellos artistas. Esos discursos suelen contener datos y apreciaciones que más tarde aprovechan los biógrafos y que tal vez no se conocerían si no se recogieran antes de que la onda del olvido, henchida por la ingratitud y la tornadiza admiración de los contemporáneos, envuelva los nombres de los grandes desaparecidos. Los contemporáneos en mucho se asemejan á esas flores que están siempre de cara al sol que resplandece en el espacio.

Pero si el acto de la inhumación se conformó bien con el modo de ser del difunto filólogo, al no revestir pompa alguna, no tiene satisfactoria explicación el hecho de que las Academias científicas y literarias de las cuales Pimentel fué ornamento y honra, no le hubiesen consagrado más tarde una sesión solemne para recordar en ella los importantes servicios que le debían. A haber sido pagada esa deuda de gratitud, oradores elocuentes se habrían encargado de hacer innecesario este desalifado trabajo nuestro. No

importa. La gloria aunque con lento paso, llega al fin un día, y si no tendió su manto resplandeciente sobre los hombros de Pimentel cuando aun vivía, para que con él se arropase al penetrar en la obscura eternidad, como dijera el poeta, lo extenderá sin duda sobre el monumento que el amor filial le erige al publicar sus Obras.

Coyoacán, D. F. Septiembre 12 de 1903

FRANCISCO SOSA.

CUADRO DESCRIPTIVO Y COMPARATIVO

DE LAS

LENGUAS INDÍGENAS DE MÉXICO,

O TRATADO DE FILOLOGÍA MEXICANA.